

den de que los dependientes escribieran el dictámen de cada uno, y se lo llevaran. Votaron todos con uniformidad, condenándole á muerte, y los ministros lo pasaron á la pieza próxima. Llamado el verdugo, vino prevenido del cuchillo con que se cortaba la cabeza á los sentenciados; pero al ver á Darío se quedó pasmado y se retiró mirando á la puerta, y manifestando que no podía ni se atrevía á poner mano en el Rey: gritábanle y amenazábanle en tanto desde afuera los jueces, con lo que volvió, y tomando á Darío con la otra mano por los cabellos, y acereándolo á sí, con el cuchillo le cortó el cuello. Dicen algunos que estuvo el Rey presente al juicio, y que Darío cuando se vió convencido con las pruebas, postrándose en el suelo, rogó y suplicó; pero aquel levantándose encendido en ira, sacó el puñal y lo hirió hasta quitarle la vida. Añaden que despues pasó á palacio, y adorando al sol, dijo: Retiraos alegres, ó Persas, y anunciad á los demas que el grande Oromaces ha dado el debido castigo á los que habian meditado crímenes tan atroces y nefandos.

Este fin tuvo aquella conjuración. Con esto Oco se alentó en sus esperanzas fomentado por Atosa; mas con todo aun le inspiraban miedo, de los legítimos, Ariaspes, que era el que quedaba, y de los espurios, Arsames; porque en cuanto á Ariaspes, deseaban los Persas que reinase, no tanto porque era mayor que Oco, como por su condicion benigna, sencilla y humana; y Arsames, además de tener talento, no se le ocultaba á Oco que gozaba de la predilección del padre. Insidió, pues, á entrambos, y siendo hombre tan propio para un engaño como para un asesinato, usó de la crueldad de su carácter contra Arsames, y de su maldad y ruindad contra Ariaspes. Envió, pues, á este varios eunuocos y amigos del Rey que continuamente le estuviesen anunciando amenazas y expresiones terribles del padre, como que tenia resuelto quitarle la vida cruel é ignominiosamente. Dándole, pues, á entender cada dia que le participaban estos secretos, y diciéndole unas veces que el peligro no era próximo, y otras que no faltaba nada para que el Rey pusiera por obra su designio, de tal manera le abatieron, y fué tanto su abur-

rimiento y su confusión sobre lo que haria, que preparó un veneno mortal, y tomándole, se quitó la vida. Cuando el Rey supo el género de muerte de Ariaspes, le lloró y sospechó la causa; pero no se resolvió por la vejez á inquirir y proceder sobre ella, y con esto aun se acrecentó su amor á Arsames, notándose que de él principalmente se fiaba, haciéndole su confidente; por lo cual Oco no dilató sus proyectos, sino que echando mano de Harpates, hijo de Tiribazo, por mano de este le dieron muerte. Eran ya entonces con la vejez muy pocas las fuerzas de Artajerges, y sobreviniéndole en este estado el pesar de la muerte de Arsames, no pudo ni por momentos tolerarle; sino que al punto de dolor y abatimiento se le apagó lo poco que le quedaba de espíritu, habiendo vivido noventa y cuatro años y reinado sesenta y dos. Contribuyó no poco á que tuviera opinion de benigno y morigerado su hijo Oco, que sobrepujo á todos en fiereza y crueldad.



ARATO.

Temiendo á mi entender, ó Polícrates, el filósofo Crisipo la sensible aplicación de cierto proverbio antiguo, no lo escribió como él es en sí, sino como á él le parecia que estaria mejor, diciendo:

¿Quién del padre mejor hace el elogio
Que los hijos honrados y dichosos?

Pero Dionisiodoro de Trecene lo censura, y pone el proverbio verdadero, que es así:

¿Quién del padre mejor hace el elogio
Que los astrosos é infelices hijos?

Y dice que el proverbio es hecho para tapar la boca á los que no valiendo nada por sí, se adornan con las virtudes de algunos de sus antepasados, y se dilatan en sus alabanzas. Mas para aquel á quien le cabe una generosa índole adqui-

vida de los padres, segun expresion de Pindaro, como tú que procuras asemejar la vida á los domésticos ejemplos, seria lo mas provechoso estar continuamente oyendo ó diciendo algun loor de los hombres ilustres de su linaje; pues no por falta de virtudes propias ensalza entonces la gloria de las alabanzas y ajenas, sino que haciendo un cuerpo de sus hazañas y las de estos, los celebrá como autores de su linaje y de su conducta. Este es el motivo de haberte enviado la vida que he escrito de Arato, tu conciudadano y tu progenitor, del que tú no desdices, ni en la gloria propia ni en el uso del poder; no porque tú no hayas trabajado desde el principio por conocer con la mayor puntualidad sus hechos, sino con el objeto de que tus hijos Policrates y Pitocles se formen sobre los ejemplares domésticos, ora oyendo y ora leyendo lo que deben imitar, por cuanto no es de quien ama la virtud, sino de quien está enamorado de sí mismo, el tenerse siempre por mejor que los otros.

La ciudad de Sicione, habiendo perdido su pura y dórica aristocracia, cayó como cuando la armonia se desconcierta, en las sediciones y competencias de los demagogos, y no dejó de andar doliente é inquieta sin hacer mas que mudar de tiranos, hasta que dada muerte á Cleon, eligieron por primeros magistrados á Timóclidas y Clinias, varones los mas aventajados en gloria y poder entre aquellos ciudadanos. Cuando parecia que ya el gobierno habia tomado alguna consistencia, murió Timóclidas; y Abantidas, hijo de Paseas, que meditaba usurpar la tiranía, dió muerte á Clinias, y de sus amigos y deudos á unos los desterró y á otros los dió muerte. Hacia asimismo diligencias por quitar la vida á Arato su hijo, que quedaba de edad de siete años; pero este niño, escabulléndose entre los demas que huian, y andando por la ciudad errante y medroso, destituido de todo amparo, sin que él supiese cómo, se entró en casa de una mujer, hermana de Abantidas y casada con Profanto, hermano de Clinias, llamada Soso. Esta naturalmente de indole generosa, y creyendo ademas que algun Dios habia llevado aquel niño á guarecerse en su casa, lo ocultó en ella, y despues á la noche lo envió cautelosamente á Argos.

Habiéndose de esta manera salvado y evitado el peligro Arato, muy desde luego se le infudió y fue creciendo en él un odio el mas ardiente y violento contra los tiranos. Recibió en Argos de los huéspedes y amigos paternos una educacion liberal; y viendo él mismo que su cuerpo adquiria talla y robustez, se dedicó á los ejercicios de la palestra, de tal modo que habiendo lidiado los cinco certámenes, alcanzó las cinco coronas. Descúbrese en sus mismos retratos un cierto aire atlético, y lo grave y regio de su semblante no alcanza á desmentir que fuese tragon y bebedor. Quizá por esto mismo atendió al estudio de la elocuencia menos de lo que convenia á un hombre de estado, aunque no dejaba de ser mas elegante que lo que han juzgado algunos por los Comentarios que de él nos han quedado escritos de priesa y con los nombres vulgares, en medio de los negocios y segun estos ocurrían. Mas adelante Dinias y Aristóteles el dialéctico á Abantidas, que acostumbraba asistir en la plaza á sus conferencias, tomando parte en ellas, luego que le vieron cebado en este estudio, le armaron asechanzas y le quitaron la vida. A Paseas el padre de Abantidas le dió alevosamente muerte Nicocles, y se alzó él mismo con la tiranía. Dicese de él que era en su semblante sumamente parecido á Periandro el hijo de Cipselo, al modo que á Alcmeon el de Anfiarao el Persa Orontes, y á Hector un jóven Lacedemonio, de quien refiere Mirsilo que fue pateado y muerto de este modo por la muchedumbre que le estaba viendo, luego que advirtieron la semejanza.

Tuvo Nicocles cuatro meses de tiranía, en los que habiendo causado á la ciudad infinitos males, estuvo en muy poco que no la perdiese por las asechanzas de los Etolios; y siendo ya mocito Arato, se hizo desde entonces expectable por su ilustre origen y por su ánimo, que no aparecia apocado ó desidioso, sino antes resuelto sobre su edad y templado al mismo tiempo con un proceder circunspecto y seguro. Por tanto los desterrados, en él principalmente tenian puesta la visita; y el mismo Nicocles no desatendia sus operaciones, sino que se veia bien claro que estaba en acecho y observacion de sus intentos, pero sin temer una determinacion se-

mejante ni una empresa tan arriesgada; y si solo sospechaba que podia andar en tratos con los Reyes que habian sido huéspedes y amigos de su padre. Y en verdad que Arato intentó seguir este camino; pero como Antígono que le habia hecho ofertas se descuidase de cumplirlas, dando largas, y las esperanzas del Egipto y de Tolomeo las considerase remotas, se resolvió á destruir por sí mismo al tirano.

Los primeros á quienes comunicó su pensamiento fueron Aristómaco y Ecdelo, de los cuales aquel era uno de los desterrados de Sicione, y Ecdelo Arcade de Megalópolis, hombre dado á la filosofía, activo, y que en Atenas habia sido discípulo del académico Arquelao. Habiéndolo estos adoptado con ardor, trató con los demas desterrados, de los cuales solo algunos, avergonzándose de abandonar la esperanza, se decidieron á tomar parte en la empresa; pero lo mas procuraron disuadir de ella á Arato, pareciéndoles que su arrojo provenia de inexperiencia en los negocios. Proponíase este ocupar primero algun punto del pais de Sicione, desde donde emprendiese hacer la guerra al tirano; pero en esto vino á Argos un Sicionio que se habia fugado de la cárcel, el cual era hermano de Jenocles, uno de los desterrados. Presentado por Jenocles á Arato, le enteró del paraje de la muralla por donde subiendo á ella se habia salvado, diciendo que por adentro casi era llano, aunque pegado á terrenos pedregosos y altos; y que por afuera no era tal que no se alcanzase á él con escalas. Luego que lo oyó Arato, envió con Jenocles á dos de sus esclavos, Senta y Tecnon, á reconocer la muralla, determinado, si le era posible ejecutarlo por sorpresa y corriendo de una vez el peligro, á aventurarlo todo cuanto antes, mas bien que de particular contender con una guerra prolongada y continuados combates contra el tirano. Así cuando volvió Jenocles trayendo la medida del muro, aunque le expuso que el sitio por su naturaleza no era en realidad ni inaccesible ni difícil, pero que sería imposible el no ser sentidos á causa de los perros de un hortelano, que aunque pequeños eran extraordinariamente alborotados é implacables, al momento puso manos á la obra.

La adquisicion de armas no ofrecia dificultad cuando to-

dos puede decirse se empleaban en robos y en correrías de unos contra otros. Las escalas las construyó sin reservarse el mecánico Eufnanor, no pudiendo inducir sospecha por su profesion, aun cuando era tambien del número de los desterrados. En cuanto á gente, cada uno de sus amigos de la poca que tenia le dió diez hombres, y el mismo armó treinta de sus propios esclavos. Tomó asimismo á sueldo algunos soldados de Jenófilo, capitán de bandoleros, entre los cuales se hizo correr la voz de que aquella salida se hacia al pais de Sicione contra las yeguas del Rey; y á los mas se les envió delante en partidas á la torre de Polignoto con orden de esperar allí. Envióse del mismo modo á Cafisias con otros cuatro bien armados, y estos debian dirigirse de noche al hortelano, diciendo que eran pasajeros, y en siendo admitidos, encerrar á este y á los perros, porque no habia otro punto por donde poder entrar. Las escalas se desarmaban; metiéronse, pues, en ciertas medidas de granos, y puestas en carros se enviaron ocultas delante. A este tiempo se habian aparecido en Argos ciertos espías de Nicocles que decian francamente ser venidos á seguir y observar á Arato; y este en aquel dia desde muy temprano se presentó públicamente en la plaza, en la que se detuvo tratando con sus amigos. Unióse despues en el gimnasio, y tomando consigo algunos jóvenes de los de la palestra, con quienes solia beber y pasar el tiempo, se marchó á casa. A poco aparecieron sus esclavos en la plaza, uno tomando coronas, otro comprando lámparas, y otro hablando con aquellas mujerzuelas que suelen tocar y bailar entre los brindis de los festines; con lo que engañó completamente á los espías, pues al ver estas preveniciones se decian unos á otros: En verdad que no hay cosa mas medrosa que un tirano, pues que Nicocles estando enseñoreado de una ciudad tan poderosa, y disponiendo de tantas fuerzas, teme á un mozo que consume en placeres y solaces continuos los recursos que tiene para pasar su destierro.

Engañados de esta manera se retiraron, y Arato despues de comer salió al punto de la ciudad; se reunió junto á la torre de Polignoto con los soldados, y conduciéndolos á Nemea,

descubrió allí á la muchedumbre su designio. Hizoles en primer lugar ofertas y exhortaciones, y dándoles por seña *Apolo diestro*, se encaminó á la ciudad, acelerando unas veces y acortando otras el paso, segun que la luna lo permitia, aprovechándose de su luz en el camino; y cuando iba á ponerse llegó al huerto inmediato al muro. Aquí Cafisias le salió al encuentro, no habiendo podido asegurar los perros, porque habian dado á correr, aunque sí habia encerrado al hortelano. Desmayaron con esto lo mas, y le proponian que desistiese; pero Arato los sosegó, diciéndoles que se retiraria si veian que los perros les oponian un grande estorbo. Despachó delante al mismo tiempo á los que conducian las escalas, al frente de los cuales iban Ecdelo y Mnasiteo; y él seguia á paso lento á tiempo que ya los perros ladraban y perseguian á la partida de Ecdelo; pero estos sin embargo llegaron al muro y arrimaron sin inconveniente las escalas. Al subir los primeros, el que hacia la ronda de la madrugada acertó á pasar con la campanilla, y eran muchas las luces y el ruido de los que le acompañaban. Con todo, ellos cosiéndose así como estaban con las escalas, de estos se ocultaron fácilmente; pero viniendo luego la otra ronda de la parte opuesta, estuvieron en el mayor peligro. Mas luego que esta tambien pasó y se libraron del riesgo, subieron á la muralla los primeros Mnasiteo y Ecdelo, y tomando por uno y otro lado del muro las calles, enviaron á Tecnon en busca de Arato para prevenirle que acelerara la venida.

Era corta la distancia que habia del huerto á la muralla y á la torre, en la que estaba de centinela un perro grande de los de caza. Este, pues, no sintió la escalada, bien porque fuese naturalmente tardo de oido, ó bien porque estuviere cansado del dia anterior; pero excitado desde abajo por los perillos del hortelano, dió al principio unos ladridos sordos y oscuros; arreciólos mas cuando pasaron, y al cabo de poco atronaba con sus ladridos toda la comarea; de manera que los de la guardia que estaban á la otra parte preguntaron á gritos al que cuidaba del perro, por qué ladraba este con tanta furia, y si habia ocurrido novedad; pero él repondió desde la torre que nada habia que pudiera dar cuidado,

sino que el perro sin duda se habia alborotado con las luces y con el ruido de la campanilla de los que habian hecho la ronda. Dió esto grande aliento á los soldados de Arato, por creer que este hombre les hacia espalda, siendo sabedor de la empresa, y que habria en la ciudad otros muchos que les ayudarian en ella. Mas aun así era bien peligrosa la situacion de los que asaltaban la muralla, y la operacion se dilatava ora por romperse las escalas si no subian uno á uno, ora porque la oportunidad se pasaba, cantando ya los gallos, y no faltando nada para que vinieran á la plaza los que traian del campo cosas que vender. Por lo tanto el mismo Arato se apresuró á subir, habiendo sido en todo unos cuarenta los que subieron antes que él; y esperando á que subieran todavía muy pocos mas de los que quedaban abajo, se encaminó á casa del tirano y al principal, porque allí dormian los de tropa extranjera. Cayendo de improviso sobre ellos, y prendiéndolos á todos, sin dar muerte á ninguno, envió al punto á sus amigos quien los llamara é hiciera venir de sus casas; y acudiendo estos de todas partes, ya en tanto habia venido el dia y el teatro se hallaba lleno de gentes, pendientes todos de la voz incierta que corria, sin que nadie supiese con seguridad lo que pasaba, hasta que se presentó un heraldo diciendo quo Arato, hijo de Clinias, llamaba á los ciudadanos á la libertad.

Entonces creyendo que era llegado lo que esperaban tanto tiempo habia, corrieron en tropel á las puertas de la casa del tirano para pegarles fuego. Levantóse tan gran llamareda que se dejó ver desde Corinto cuando ya ardió la casa; y admirados los Corintios estuvieron para correr á dar auxilio. Nicocles pudo escapar oculto por ciertas cuevas y salir de la ciudad; y los soldados apagando con los Sicionios el fuego, saquearon la casa, lo que no solo no estorbó Arato, sino que puso á discrecion de los Sicionios todos los demas bienes de los tiranos. Nadie murió ó salió herido, ni de los invasores ni de los enemigos, sino que la fortuna conservó pura y limpia de sangre vil esta empresa. Restituyó á los desterrados, tanto á los que lo habian sido por Nicocles, que eran ochenta, como á los que lo fueron por los anteriores tiranos, que

no bajaban de quinientos, y habian andado por largo tiempo errantes, algunos por cincuenta años. Volviendo lo mas sumamente pobres, quisieron recobrar los bienes de que antes habian sido dueños; y echándose sobre sus posesiones y sus casas, pusieron en grande perplejidad á Arato, por ver que á su ciudad de la parte afuera se le armaban asechanzas y era mirada con envidia de Antígono, á causa de la libertad; y que de la parte de adentro se ardia en disensiones é inquietudes. Así que tomando el mejor partido que las circunstancias permitian, la unió á la liga de los Aqueos; y como eran Dorios, no repugnaron admitir el nombre y gobierno de estos, que entonces ni tenian grande esplendor ni mucho poder, pues eran ciudades pequeñas, y no solo no poseian un terreno fértil y rico, sino que habitaban además sobre un mar desprovisto de puertos que por lo comun solo con escollos y rocas tocaba al continente. Aun así estos hicieron ver con la mayor claridad que el vigoroso poder de la Grecia es invencible, siempre que en ella haya union y concordia, y tenga la felicidad de lograr un prudente caudillo; pues que no siendo como quien dice mas que una parte muy pequeña de aquellos antiguos Griegos, y no componiendo entre todos las fuerzas de una sola ciudad de consideracion, con la buena direccion y concordia y con sujetarse á no tener envidia al que entre ellos sobresalia en virtud, obedeciéndole y ejecutando sus órdenes, no solo conservaron su libertad en medio de tantas y tan poderosas ciudades y tiranías, sino aun pudieron libertar y salvar á la mayor parte de los otros Griegos.

Era Arato en todo su porte un perfecto hombre de estado; magnánimo, mas diligente para las cosas públicas que para las suyas propias, implacable enemigo de los tiranos, y tal por fin, que solo el bien público decidía de sus odios y de sus amistades. Así no tanto era amigo diligente y estable, como enemigo indulgente y de benigna condicion, pasando por la república de un estado á otro segun lo pedian las circunstancias; de manera que á una voz decian con entera uniformidad las naciones, las ciudades, las juntas y los teatros no conocersele otro amor ni otra pasion que la de lo

honesto y justo. Para la guerra y los combates no puede dudarse que era irresoluto y desconfiado, así como el mas avisado para manejar con reserva los negocios, y para sorprender mañosamente á las ciudades y á los tiranos. De modo que habiendo venido al cabo de muchos intentos que debian tenerse por desesperados, con atreverse á ellos, no fueron menos al parecer los que siendo posibles dejó de emprender por nimia precaucion. Pues no solo hay ciertos animales cuya vista obra en lo oscuro, y á la luz del dia se ciega, por la sequedad y delgadez del humor de sus ojos que no sufre la concurrencia de la luz, sino que entre los hombres hay tambien talentos é ingenios que en las cosas claras, y como quien dice pregonadas, pierden fácilmente la serenidad, y en las empresas reservadas y ocultas proceden con seguridad y decision; siendo causa de esta anomalía la falta de criterio filosófico en aquellas buenas índoles que llevan la virtud como fruto natural y espontáneo sin ciencia ni cultivo, lo que se demostraria mejor con ejemplos.

Arato despues que incorporó su persona y su ciudad en la liga de los Aqueos, se hizo apreciar de los magistrados, militando en la caballería, por su subordinacion y obediencia; pues con haber puesto en la sociedad partes tan principales como su propia gloria y el poder de su patria, se prestó siempre á servir como cualquiera ciudadano particular bajo las órdenes del que ejercía la autoridad entre los Aqueos, ora fuese Dimeo, ora Tritense, ó de otra ciudad mas pequeña. Trajéronle tambien de parte del Rey Tolomeo en donativo la cantidad de veinticinco talentos: tomólos el mismo Arato, y en seguida los entregó á sus conciudadanos pobres, ya para otros objetos, ya para rescatar los cautivos.

Estaban los desterrados implacables, incomodando sin cesar á los que poseian sus bienes; y como la ciudad se hallase muy expuesta á una sedicion, no viendo esperanza sino en la amistad y humanidad de Tolomeo, emprendió un viaje de mar para rogar á este Rey le facilitase algunas cantidades con que poder conseguir una transaccion. Dió, pues, la vela de Metone sobre Malea, creyendo hacer con suma presteza la travesía; pero cediendo el piloto á un viento re-

cio y al grande oleage que se levantó en el mar, con dificultad pudo llegar y tomar puerto en Adria, que á la sazón era enemiga, porque estaba dominada de Antigono que tenia en ella guarnicion. Apresuróse, pues, á huir, y dejando la nave se apartó lejos del mar, no llevando consigo mas que á uno solo de sus amigos llamado Timantes. Metiéronse en un sitio rodeado de maleza, donde tuvieron una mala noche, y en tanto ya se habia presentado el comandante de la guardia, buscando á Arato; pero la familia le engaño, estando prevenida que dijese que al punto habia huido embarcándose para la Eubea. Los efectos que conducia la nave y los esclavos los declaró por de enemigos, y la ocupó. No se pasaron muchos dias cuando estando Arato en el mayor apuro, le trajo la suerte una nave romana que fué á dar al sitio donde acudia, unas veces á atalayar, y otras á guardarse. Hacia esta nave viaje á la Siria, y embarcándose en ella, persuadió al capitan á que lo condujese hasta la Caria. Condújole, y otra vez corrió no pequeños peligros en el mar: de la Caria tuvo una larga navegacion al Egipto, donde se avistó con el Rey, que le miraba con inclinacion por haberle obsequiado con pinturas y tablas de la Grecia, de las que juzgaba Arato con bastante inteligencia; y recogiendo y adquiriendo continuamente las mas acabadas y primorosas, especialmente de mano de Pánfilo y Melanto, se las enviaba.

Porque florecia aun la gloria del primor y de la buena pintura Siciona, como que era la única en que no se habia alterado lo bello; tanto que aquel tan admirado Apeles se trasladó á Sicione y compró en un talento el poder vivir con aquellos ciudadanos, reconociéndose mas bien necesitado de participar de su gloria que de su arte. Por tanto habiendo quitado Arato, luego que libertó á esta ciudad, todos los retratos de los tiranos, en quanto al de Aristrato, que vivió en la era de Filipo, estuvo indeciso mucho tiempo; porque fue pintado Aristrato por todos los de la escuela de Melanto al lado de un carro que conducia una victoria, habiendo puesto tambien la mano Apeles en aquella pintura, segun refiere el geógrafo Polemon. Era obra muy para mirada, hasta tal punto que el mismo Arato se doblada ya por con-

sideracion al arte pero arrebatada otra vez de su odio á los tiranos, por fin dió orden de que tambien se destruyese. Entonces se cuenta que el pintor Nealces, amigo de Arato, le suplicó, y lloró; y como no lo moviese, le dijo que estaba bien hiciera la guerra á los tiranos, pero no á quanto les tocase: Dejemos pues, continuó, el carro y la victoria, que en quanto á Aristrato yo te daré el gusto de que se retire del cuadro. Dado por Arato el permiso, borró Nealces la figura de Aristrato, y en su lugar solo pintó una palma, sin atreverse á poner ninguna otra cosa; y se refiere que del Aristrato borrado quedaron los pies confundidos bajo el carro. Era, pues, tenido en estimacion Arato por la causa que hemos dicho, y cuando se le conoció de cerca, aun ganó en la intimidad del Rey, de quien recibió el donativo de ciento y cincuenta talentos. De estos trajo consigo desde luego los cuarenta al Peloponeso, y haciendo partidas de los restantes, se los fue enviando despues al Rey poco á poco.

Fue cosa grande sin duda proporcionar á los ciudadanos una suma tan crecida de dinero, que una parte pequeña de ella alcanzada de los Reyes por otros generales ó demagogos, bastó para impelerlos á cometer injusticias, hacer bajezas y entregar sus patrias; pero fue mucho mayor la transaccion y concordia que por medio de aquel dinero se negoció de los pobres para con los ricos, y la salvacion y seguridad que resultó para todo el pueblo. Mas tambien fue admirable la moderacion de este insigne varon en tan gran poder, porque habiendo sido nombrado árbitro pacificador y dueño él solo para todos los negocios y dependencias de los desterrados, no lo consintió, sino que él mismo se agregó otros quince ciudadanos, con los cuales á costa de gran trabajo y de muchas diligencias consiguió establecer y afirmar entre los ciudadanos la paz y amistad, por los cuales méritos no solo le tributó los correspondientes honores la universalidad de los ciudadanos, sino que separadamente los desterrados le erigieron una estatua de bronce, grabando estos versos elegiacos:

Tus consejos, desvelos y trabajos,
Y por la Grecia tus ilustres hechos,

En las columnas de Hércules resuenan,
 Nosotros á este suelo restituidos,
 O Arato, á los Dioses salvadores
 Tu bienhechora imagen consagramos,
 De tu virtud en grato testimonio,
 Porque á tu patria los divinos bienes
 De la igualdad y la concordia diste.

Hechos por Arato estos tan señalados servicios, púsose por ellos fuera de la enviada que de sus conciudadanos pudiera venirle; pero el Rey Antígono, inquieto á causa de él, y queriendo ó atraerle del todo á su amistad, ó calumniarle en el ánimo de Tolomeo, le hizo otros obsequios que él no admitía gustoso, y habiendo sacrificado á los Dioses en Corinto, envió á Arato parte de las víctimas á Sicione; y en la cena, siendo muchos los convidados, habló de este modo en medio de ellos: « Yo estaba en el concepto de que ese jóven Sicionio solo era por índole liberal y amante de sus ciudadanos; pero parece que es tambien un excelente juez de la conducta y de los intereses de los Reyes, porque antes me miraba con indiferencia, y poniendo fuera de aquí sus esperanzas, admiraba la riqueza egipcia al oír hablar de elefantes, escuadras y palacios; pero ahora habiendo visto por dentro todas estas cosas, que no son mas que farsa y aparato, enteramente se ha unido á mí. Tómele, pues, bajo mi protección con resolución de valerme de él para todo, y deseo que vosotros le tengais por amigo. » Tomando pie de esta conversacion los malignos y los envidiosos anduvieron á competencia para escribir á Tolomeo mil infamias contra Arato, hasta el punto de que este Rey le envió las quejas. ¡Tal era la envidia y perversidad que acompañaba á estas amistades tan disputadas y tan parecidas á las competencias amorosas de los Reyes y los tiranos!

Elegido por primera vez Arato general de los Aqueos, taló la Locride y la Calidonia vecinas; y habiendo de dar auxilio á los Beocios con diez mil hombres, no llegó á tiempo á la batalla en que estos fueron junto á Queronea vencidos por los Etolios con muerte del heotarca Aboecrito y de mil Beocios mas con él. Siendo general otra vez un año des-

pues, tomó por su cuenta el proyecto del Acrocorinto, no para promover los intereses de los Sicionios ni de los Aqueos, sino con el objeto y la mira de arrojar de allí una tiranía comun á toda la Grecia en la guarnicion que tenían los Macedonios; porque si Cares el Ateniese, habiendo ganado una batalla contra los generales del gran Rey, escribió al pueblo de Atenas que habia alcanzado una victoria hermana de la de Maraton, no andaria errado el que á esta accion la apellidara hermana de la destruccion de la tiranía por Pelópidas Tebano y Trasíbulo Ateniese; y aun se aventaja á esta en no haber sido contra Griegos, sino para desterrar una dominacion dura y extranjera. Porque el istmo que separa los dos mares junta y enlaza en aquel lugar este nuestro continente; pero el Acrocorinto, monte elevado que se levanta del medio de la Grecia, cuando admite guarnicion se interpone y corta todo el pais dentro del istmo al trato, al comercio, á las expediciones, y á toda negociacion por tierra y por mar; haciendo dueño único de todo esto al que allí manda, y con su guarnicion domina el territorio. Así parece que no por juego, sino con mucha verdad, llamó Filipo el jóven á la ciudad de Corinto grillos de la Grecia. Era por tanto para todos este lugar objeto de codicia y de disputa; pero mas especialmente para los Reyes y potentados.

El ansia, pues, de Antígono por poseerle aun se dejaba atras los amores mas furiosos, trayéndole en continua sollicitud para ver cómo con algun engaño se lo arrebataria á los que de él eran dueños, ya que el usar de medios directos estaba fuera de toda esperanza. Muerto, pues, por él mismo con yerbas, segun se cree, Alejandro que era el que entonces le ocupaba, como Nicea su mujer se hubiese apoderado de los negocios y tuviese en custodia el Acrocorinto, al punto envió á ella solapadamente á su hijo Demetrio, y dándole dulces esperanzas de casar con un Rey, y de tener á su lado á un jóven apreciable, siendo ella de mas edad, de este modo la sedujo valiéndose del hijo como de un cebo. Mas viendo que no por esto abandonaba aquel importante punto, sino que lo guardaba siempre con cuidado, haciendo como que no le interesaba, sacrificó por sus bodas en Corinto, dió

espectáculos, tuvo convites cada dia como pudiera hacerlo el que mas relajara su ánimo con juegos y entretenimientos entre placeres y obsequios. Cuando le pareció tiempo, habiendo de cantar Amebeo en el teatro, acompañó él mismo á Nicea que era conducida al espectáculo en una litera regiamente adornada, alegre y contenta con aquellas honras, y muy distante de lo que iba á suceder. Llegados que fueron al punto donde se toma la vuelta para el monte, le dijo que se adelantasen al teatro, y dejándose de Amebeo y de la celebridad de la boda, se encamina al Acrocorinto mas aprisa de lo que su edad requería; y encontrando cerrada la puerta, la hiere con su vara, mandando que la abran, y los de dentro le abren pasmados y sorprendidos. Apoderado de este modo de aquel puesto, no pudo irse á la mano, sino que con el gozo se puso por juego á beber en los cantones y en la plaza entre las tañedoras, adornado con coronas las sienas; y un hombre ya anciano y tan experimentado en las mudanzas de fortuna se entregó á francachelas, dando la diestra y abrazando á cuantos encontraba: ¡de tal manera conmueve y saca de quicio el ánimo, aun mas que el pesar y el temor, la alegría que no es moderada por la razon!

Antígono apoderado como hemos dicho del Acrocorinto, le custodiaba por medio de aquellos en quienes tenia mas confianza, habiendo dado la comandancia á Perseo el filósofo. Arato en vida de Alejandro traía ya entre manos el ocuparle; pero habiendo hecho los Aqueos alianza con Alejandro, desistió del intento, mas entonces volvió de nuevo á la empresa con esta ocasion. Habia en Corinto cuatro hermanos, Siros de origen, de los cuales uno llamado Diocles servia á sueldo en la guarnicion. Robaron los otros tres el tesoro del Rey, y pasando á Sicione fueron á dar con el cambista Egias, que era el mismo de quien para sus negocios se valia Arato. Depositaron desde luego alguna parte de aquel dinero, y lo restante Ergino, uno de ellos, yendo y viniendo lo cambió poco á poco. Hizo de resultas amistad con Egias, y traído por este á la conversacion de la guardia del Acrocorinto, le dijo que subiendo una vez á ver al hermano á lo

mas escarpado, habia descubierto una senda oblicua que conducia á un punto donde el muro del fuerte era sumamente bajo. Empezó con esto Egias á chancearse con él y á decirle: ¿Con qué, amigo, por tan poco dinero os habeis indispuerto con el Rey, pudiendo ganar en una hora sola inmenso caudal? ¿Pues qué, así los salteadores como los traidores, si son aprehendidos, no tienen que morir una vez? Rióse Ergino, y solo contestó por entonces que tantearia á Diocles, porque de los otros hermanos no se fiaba tanto; pero volviendo de allí á pocos dias, convino en que conduciria á Arato á un sitio donde el muro no tenia mas de quince pies de alto, y á todo lo demas ayudaria con Diocles.

Prometió Arato darle sesenta talentos si se lograba la empresa; y si esta se desgraciaba, pero salia con ellos salvo, á cada uno de los dos casa y un talento. Mas siendo preciso depositar el dinero en Egias, y no teniéndole ni queriendo tomarle á logro, por no dar motivo á otros de comprender su designio, cogió su cajilla de plata y todos los arreos de oro de su mujer, y los empeñó á Egias por aquella suma. Era tal su magnanimidad, y tan ardiente su amor á las acciones loables, que sabiendo haber sido Timon y Epaminondas de todos los Griegos los que mayor opinion de justos se habian granjeado por haberse negado á admitir grandes dones, y no haber sacrificado al dinero lo honesto, no se detuvo en gastar secretamente en objetos en que él solo peñigraba por todos los ciudadanos, los cuales ni siquiera tenían noticia de lo que emprendia. Porque ¿quién no admirará y no tomará interes aun ahora en la elevacion de ánimo de un hombre que con tan crecida suma compraba el mayor peligro, y empeñaba las que se tienen por mas preciosas alhajas para meterse de noche entre los enemigos y poner á riesgo su vida, no teniendo de aquellos á quienes favorecia mas prenda que la esperanza de una accion honesta sin ningun otro premio?

La empresa que de suyo era arriesgada, la hizo mas peligrosa todavia una equivocacion que se padeció á los primeros pasos; porque Tecnon el esclavo de Arato fue enviado á que con Diocles se hiciera cargos del sitio, y él nunca

antes se había visto personalmente con Díocles, sino que había formado idea de su figura por las señas que Ergino le había dado, teniéndole por de cabello encrespado, moreno y todavía imberbe. Yendo, pues, al lugar aplazado, esperó á Ergino que había de acudir con Diocles á las inmediaciones de la ciudad poco mas acá del sitio llamada *Ornis*. En esto el hermano mayor de Ergino y Diocles, llamado Dionisio, que nada sabia de aquel designio, ni era por tanto del secreto, pero que se parecia á Diocles, acertó á pasar casualmente por allí. Tecnon guiado de la semejanza al conocimiento de las señas, le preguntó si tenia alguna relacion con Ergino; y como respondiese que era hermano, enteramente se persuadió Tecnon de que hablaba con Diocles; y sin preguntarle el nombre ni esperar á mas pruebas, le da la diestra, le habla de lo tratado con Ergino, y le hace preguntas. El llevando adelante la equivocacion con sagacidad, conviene en todo, y volviendo á la ciudad se lo lleva consigo en conversacion, sin que pudiera caer en sospecha. Cuando ya estaban cerca, y apenas faltaba otra cosa que el que le echaran mano á Tecnon, quiso la buena suerte que se apareciese allí Ergino; y habiéndose penetrado de la equivocacion y del peligro, por señas previno á Tecnon que huyera, y encaminándose ambos á casa de Arato, por pies pudieron salvarse. Mas no por eso cedió este en sus esperanzas, sino que inmediatamente envió á Ergino con dinero para que lo entregara á Dionisio, y le encargara el secreto. Hizolo así Ergino, y se vino despues á casa de Arato, trayendo á Dionisio consigo. Luego que allí le tuvieron, ya no le dejaron de la mano, sino que lo aprisionaron y lo pusieron en buena custodia, dedicándose á tomar las convenientes disposiciones para la ejecucion de su proyecto.

Cuando ya todo estuvo á punto, mandó que las demas fuerzas pasaran la noche sobre las armas; y tomando consigo cuatrocientos hombres escogidos, que á excepcion de muy pocos, ignoraban tambien qué era lo que iba á hacerse, los condujo á las puertas de la ciudad por la parte del templo de Juno. Estábase en medio de la estacion del estío y en el plenilunio, y la noche era despejada y clara; de manera

que de miedo reservaba lo posible las armas que resplandecian al reflejo de la luna, no fuera que no pudiesen ocultarse á la guardia. Cuando ya los primeros estaban cerca, se levantó del mar una nubecilla, que corriéndose, ocupó la ciudad y los contornos haciendo que quedaran en sombra. Allí los demas se sentaron y quitaron los zapatos, porque los pies desnudos ni hacen mucho ruido, ni se resbalan subiéndolo por las escalas; y Ergino llevó consigo siete jóvenes vestidos como de camino, y acercándose sin ser visto á la puerta, dió muerte al portero y á los de la guardia. Al mismo tiempo se pusieron las escalas, y dando priesa Arato á cien hombres para que subiesen, y orden á los demas para que los siguiesen como pudieran, retiró luego las escalas, y por la ciudad se fué corriendo con aquellos mismos ciento hácia el alcázar, muy alegre con no haber sido sentido, y dándose ya el parabien de la victoria. Estando todavía lejos, vino hácia ellos con luz una ronda de cuatro hombres, de la que no fueron vistos, porque todavía estaban dentro de la sombra de la luna, mientras ellos la veian acercarse por su frente. Ocultándose, pues, entre algunas paredes y en las esquinas de las calles, se ponen en asechanza contra aquellos hombres, y logran dar muerte á tres de ellos; pero el cuarto, herido de una cuchillada en la cabeza, huyó gritando que estaban dentro los enemigos. De allí á poco hicieron ya señal las trompetas, y toda la ciudad se puso en pie para ver lo que era. Llenáronse los cantones de gente que corria, y se veian brillar muchas luces, unas abajo, y otras tambien á la parte de arriba en el alcázar, discurriendo por todo alrededor una confusa gritería.

En esto Arato empeñado en su marcha, seguia hácia la eminencia torpemente y con dificultad al principio, no teniendo certeza y andando á tiento por perderse y oscurecerse el sendero entre los derrumbaderos, y por no conducir á la muralla sino por muchos rodeos y revueltas. Fue cosa maravillosa cómo en este momento la luna disipó las nubes, segun se dice, y tomó por su cuenta alumbrar en lo mas escabroso del camino, hasta que llegó á la muralla por la parte que convenia, y aqui otra vez se encubrió y oscureció vol-

viendo las nubes. Los soldados de Arato que habian quedado á la puerta junto al templo de Juno, que eran trescientos hombres, luego que penetraron en la ciudad, agitada del mayor tumulto é invadida por todas partes, como no pudiesen encontrar la misma senda ni dar con la huella de la marcha que aquel llevaba, se apiñaron y resguardaron en una revuelta escondida de la roca, y allí aguantaron llenos de disgusto y cuidado. Porque ofendidos y combatidos Arato y los suyos desde el alcázar, descendia hasta lo bajo aquel rumor de los que pelean, y resonaba la vocería repetida por la repercusión de las montañas, sin que pudiera saberse dónde tenia su origen. Mientras así dudaban á qué parte deberian volverse, Arquelao, comandante de las tropas del Rey que tenia muchos soldados á sus órdenes, subió con gritos y trompetas á acometer á Arato, y pasó mas allá de los trescientos. Saliendo estos entonces como de una emboscada, cargan sobre él y dan muerte á los primeros que alcanzan; y amedrentando á los demas y al mismo Arquelao, los obligan á retirarse y los persiguen hasta que se dispersan y disipan por la ciudad. Cuando estos acababan de ser vencidos, llegó Ergino de parte de los que arriba combatian, anunciando que Arato estaba en reñida lid con los enemigos, que se defendian con valor, siendo terrible la contienda junto á la muralla, y que necesitaba de pronto auxilio. Pidiéronle ellos que los guiara al punto, y á la llegada con la voz se hicieron conocer, alentando á los amigos mientras la luna hacia que las armas pareciesen á los enemigos mas de los que eran, por lo largo de la marcha, así como lo estrepitoso de la noche hacia pensar que el rumor provenia de mucho mayor número de hombres. Finalmente, combatiendo todos juntos rechazaron á los enemigos, se hicieron dueños del alcázar y tomaron la guarnicion cuando empezaba á rayar el alba, viniendo luego el sol á ilustrar su obra. De Sicione acudieron las restantes fuerzas de Arato, recibéndolas en la puerta los Corintios con la mejor voluntad, y aprehendiendo entre unos y otros á los soldados del Rey.

Quando pareció que todo estaba ya asegurado bajó del

alcázar del teatro, al que acudia inmenso gentío con deseo de verle y de oír el razonamiento que haria á los Corintios. Colocando, pues, á uno y otro lado al tránsito á los Aqueos, salió al medio de la escena, puesta la corona y muy demudado el semblante con la fatiga y falta de sueño; de manera que la arrogancia y alegría del ánimo quedaban ahogadas bajo el quebranto del cuerpo. Como al presentarse todos se deshiciesen en aplausos, pasando la lanza á la mano derecha, y doblando un poco la rodilla y el cuerpo, permaneció así inclinado largo rato recibiendo los parabienes y las aclamaciones de aquella muchedumbre que alababa su virtud y ponderaba su fortuna. Luego que cesaron y quedaron tranquilos, rehaciéndose, les tuvo acerca de los Aqueos un discurso muy propio del suceso, persuadiendo á los Corintios que se hicieran Aqueos, y les entregó las llaves de las puertas, entonces por primera vez puestas en sus manos desde el tiempo de Filipo. De los generales de Antígono, á Arquelao que se le sometió lo dejó ir libre; pero quitó la vida á Teofrasto que no quiso rendirse. Perseo, perdido el alcázar, pudo huirse á Ceneris, y se refiere que mas adelante en una disputa, al que propuso que solo el sabio le parecia que era general, á fe, le respondió, que de los dogmas de Zenon este era el que antes me agradaba mas: pero ahora he mudado de dictámen, adiestrado por un mozueto de Sicione. Esto es lo que dicen de Perseo los mas de los historiadores.

Arato redujo inmediatamente á su poder el Hereo y el Lesqueo (1), haciéndose ademas dueño de veinticinco navas de las del Rey y de quinientos caballos; y en almoneda vendió cuatrociento Siros. Los Aqueos guardaron el Acrocorinto con cuatrociento infantes y cincuenta perros con otros tantos cazadores que mantenian dentro del fuerte. Los Romanos admirados llamaron á Filopemen el último de los Griegos, como si entre estos nada se hubiese hecho de bueno despues de él; pero yo por mí diria que de las hazañas griegas esta fue la novísima y última, comparable, ora se mire á la osadía, ora á la felicidad del éxito con las mas ilustres y señaladas, como los sucesos no tardaron en com-

(1) El templo de Juno y el puerto.